

## VIDA EN COMUNIDAD<sup>141</sup>

“¡Mirad cuán bueno y cuán delicioso es habitar los hermanos juntos en armonía!” (*Salmo* 133,1). Contemplaremos a continuación algunas advertencias y reglas que nos da la Sagrada Escritura acerca de la vida en Comunidad bajo la Palabra.

No es nada natural para el cristiano el poder vivir entre cristianos. Jesucristo vivía en medio de sus enemigos. Por último lo abandonaron todos sus discípulos. En la cruz estaba completamente solo, rodeado de malhechores y blasfemos. Él había venido para traer la paz a los enemigos de Dios.

“Bien que los esparciré entre los pueblos, aún en lejanos países se acordarán de mí” (*Zacarías* 10,9). Debido a la voluntad de Dios la cristiandad es un pueblo esparcido, desparramado como la simiente “por todos los reinos de la tierra” (*Dt* 28,25). Esta es su maldición y su promesa. El pueblo de Dios habrá de vivir en países lejanos, entre los infieles; pero será la simiente del Reino de Dios en el mundo entero.

“Yo los reuniré porque los he redimido”; “y volverán” (*Za* 10; 8,9). ¿Cuándo acontecerá esto? Ha acontecido en Jesucristo que murió “para congregar en uno a los hijos de Dios que estaban dispersos” (*Jn* 11,52), y finalmente se hará visible al término del tiempo “cuando los ángeles de Dios juntarán a los escogidos de los cuatro vientos, desde un extremo del cielo hasta el otro” (*Mt* 24,31). Hasta entonces el pueblo de Dios permanecerá disperso, ligado solamente por Jesucristo: unificado por el hecho de que, estando diseminado entre los infieles, en los países lejanos piense en El.

De este modo no es más que una anticipación de las cosas postreras -concedida por la gracia- que los cristianos puedan vivir ya aquí en una comunidad visible con otros cristianos, en el tiempo comprendido entre la muerte de Cristo y el día del Juicio. Es la gracia de Dios la que permite que una comunidad pueda congregarse en este mundo y en forma visible alrededor de la Palabra de Dios y de los Sacramentos. Los prisioneros, los enfermos, los diseminados apartados, los que proclaman el Evangelio en tierra pagana, están solos. Ellos saben que la comunidad visible es gracia. Ellos oran junto con el salmista: “... yo fui con la multitud, y la conduje hasta la casa de Dios, entre voces de alegría y de alabanza del pueblo en fiesta” (*Salmo* 42,4). Sin embargo, permanecemos solos en las tierras lejanas, simientes desparramada por voluntad de Dios. Mas cuanto les es negado como experiencia visible lo aprehenden con tanto mayor ansia en la fe. Es así como el discípulo desterrado del Señor, Juan el Apocalíptico, celebra en la soledad de la isla Patmos: “Yo estaba en el Espíritu en el día del Señor” (*Ap* 1,10) con sus iglesias. Él ve los siete candeleros que son sus iglesias; las siete estrellas que son los ángeles de las iglesias; y en medio y por encima de todo esto al Hijo del Hombre, Jesucristo, en toda su gloria de Resucitado. Este lo conforta y consuela mediante la Palabra. Es la comunión celestial en la que Participa el desterrado en el día de la resurrección de su Señor.

La presencia corporal de otros cristianos representa para el creyente una fuente de alegría y de fortalecimiento incomparables. Con gran deseo, el Apóstol Pablo, en prisión, llama a “su amado hijo en la fe”, Timoteo, en los últimos días de su vida a que lo visite en la prisión. Anhela volver

---

<sup>140</sup> Dietrich Bonhoeffer: Pastor luterano nacido en Breslau en 1906; estudió teología en Tubingia, Berlín y Nueva York, y ejerció su ministerio en Londres. En 1943 fue capturado por la Gestapo, y luego de permanecer dos años en prisión fue ahorcado en abril de 1945.

<sup>141</sup> Extraído del libro “Vida en Comunidad”, Edit. La Aurora, Buenos Aires.

a verlo y tenerlo consigo. No ha olvidado las lágrimas derramadas por Timoteo en la última despedida (2 *Tm* 1,4).

Pensando en la congregación de Tesalónica, Pablo ora “de noche y de día para que veamos vuestro rostro” (1 *Ts* 3,10), y el anciano Juan sabe el gozo que le deparan los suyos que sólo será perfecto cuando él pueda ir hacia ellos y hablarles cara a cara en lugar de hacerlo por medio de papel y tinta (2 *Jn* 12). El creyente no se avergüenza de su anhelo de ver el rostro carnal de otros cristianos como si estuviera todavía demasiado “en la carne”. El hombre fue creado como cuerpo; en el cuerpo se hizo presente el Hijo de Dios en la tierra por nuestra causa; en el cuerpo fue resucitado; en el cuerpo, el creyente recibe a Cristo, el Señor, en el sacramento; y la resurrección de los muertos originará la comunión completa de las criaturas de Dios, hechas de cuerpo y espíritu. Por esta razón es a través de la presencia corporal del hermano como creyente alaba al Creador, al Reconciliador y al Salvador, Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo. El prisionero, el enfermo, el cristiano diseminado, reconoce en la proximidad del hermano cristiano una señal corporal de gracia que atestigua la presencia del Dios Trino. Visitante y visitado reconocen dentro de la soledad mutuamente al Cristo presente en el cuerpo; mutuamente se reciben y se encuentran tal como se encuentra al Señor; con reverencia, con humildad y alegría. Uno acepta del otro la bendición del Señor Jesucristo. Ahora bien: si ya el mero encuentro del hermano con el hermano encierra tanto gozo... ¡Cuánta inagotable riqueza descubrirán aquellos que la voluntad de Dios considere dignos de convivir en diaria comunión de vida con otros cristianos! Desde luego existe el peligro que aquello que para el solitario es gracia inefable de Dios, sea despreciado y pisoteado por el que recibe a diario este don. Con facilidad se olvida que la comunión de hermanos cristianos es un don de gracia proveniente del Reino de Dios; un don que cualquier día nos puede ser quitado, de modo que poco es el tiempo que pueda separarnos de la más profunda soledad. Por tanto, el que hasta esta hora haya podido llevar una vida cristiana en común con otros ¡que alabe a Dios desde el fondo de su corazón, que dé gracias a Dios de rodillas y reconozca que es gracia, nada más que gracia, que hoy podamos vivir todavía en comunidad con hermanos cristianos!

La medida en que Dios concede el don de la comunión visible varía. Al cristiano que vive disperso lo consuela una visita breve del hermano cristiano, una oración en común y la bendición fraternal; y hasta le da fuerza la carta escrita por la mano de un cristiano. Seguramente era una señal de una comunión así el escrito por la propia mano de Pablo en sus cartas. A otros les es dada la comunión dominical del servicio divino. Aún otros pueden vivir una vida cristiana dentro de la comunidad de la familia. Los teólogos jóvenes reciben antes de su ordenación el regalo de una vida en común con sus hermanos por tiempo determinado. Entre los cristianos sinceros de la congregación se despierta hoy el deseo de reunirse con otros cristianos durante la pausa en que descansan de su trabajo, para una vida en común bajo la Palabra. Los cristianos de hoy vuelven a interpretar la vida en común como la gracia que es como lo extraordinario, como “las rosas y los lirios” de la vida cristiana (Lutero).

Comunión cristiana significa comunión a través de Jesucristo y en Jesucristo. No existe una comunión cristiana que sea más, ni ninguna que sea menos que ésta. Desde el encuentro breve, único, hasta la larga convivencia de muchos años, la comunión cristiana es sólo esto: nos pertenecemos unos a otros únicamente por medio de Jesucristo y en Él.

¿Qué significa esto? En primer lugar significa que un cristiano necesita del otro por causa de Cristo. Significa en segundo lugar que un cristiano puede llegarse al otro por medio de Jesucristo. Significa en tercer lugar que desde la eternidad somos elegidos en Jesucristo, aceptados en el tiempo y unidos para la eternidad.

En primer lugar: cristiano es el hombre que ya no busca su felicidad, su salvación, su justicia en sí mismo, sino únicamente en Jesucristo. Sabe que la Palabra de Dios en Jesucristo lo condena aún cuando él no tenga conciencia de una culpa propia; y la Palabra de Dios en Jesucristo lo absuelve y lo justifica aún cuando no tenga conciencia alguna de una justicia propia. El cristiano

ya no vive por sí mismo; de su auto acusación y su auto justificación; sino por la acusación y la justificación de Dios. Vive enteramente de la Palabra de Dios que lo gobierna; en la sumisión fiel al juicio divino sin reparar en que éste lo declare culpable o justo. Muerte y vida del cristiano no están comprendidas en él mismo, sino que encuentran a ambas solamente en la Palabra que le llega desde afuera, en la Palabra de Dios dirigida a él. Los reformadores lo expresaron de esta manera: nuestra justicia es una “justicia extraña”, una justicia que proviene de afuera (extraños). Con ello dijeron que el cristiano necesita de la Palabra de Dios que le es proclamada. Se vuelca hacia afuera, hacia la Palabra que viene en su encuentro. El cristiano vive íntegramente de la verdad encerrada en la Palabra de Dios, manifestada en Jesucristo. Cuando se le pregunta ¿dónde está tu salvación, tu bienaventuranza, tu justicia? nunca se podrá señalar a sí mismo sino que señalará la Palabra de Dios en Jesucristo que le adjudica salvación, bienaventuranza, justicia. Espera ansiosamente esta Palabra donde quiera pueda esperarla. Siempre de nuevo ansía escuchar la Palabra salvadora porque a diario siente sed y hambre por la justicia. Esta puede llegarle sólo desde afuera. En sí mismo es pobre, está muerto. El socorro habrá de llegarle desde afuera; y ha llegado y sigue llegándole a diario en la palabra acerca de Jesucristo, que nos trae redención, justicia, inocencia, y bienaventuranza. Pero esta Palabra ha sido puesta por Dios en boca de los hombres a fin de que sea transmitida entre los hombres. Allí donde hace impacto en alguno de ellos, éste la trasmite al otro. Dios ha querido que busquemos y hallemos Su Palabra viva en el testimonio del hermano, en labios del hombre. Es por esto que el cristiano necesita del cristiano que le diga la Palabra de Dios. Necesita de él siempre de nuevo cuando cae en la incertidumbre y la desesperanza; porque no puede ayudarse por su propia fuerza sin despojarse de la verdad. Necesita del hermano como portador y proclamador de la Palabra de la salvación divina. Necesita del hermano por la sola causa de Cristo. El Cristo en su propio corazones mas débil que el Cristo en la palabra del hermano; aquél es incierto; éste es cierto. Con ello se revela asimismo la meta de toda la comunidad entre cristianos: ellos van al mutuo encuentro como portadores de la buena nueva. Como tales los reúne y les concede comunidad. Sólo en Jesucristo y en la “justicia extraña” se tasa su comunidad. Por tanto debemos limitarnos a decir: sólo del mensaje bíblico y reformador de la justificación del hombre por la gracia nace la comunidad de los cristianos; sólo en él se fundamenta el deseo del cristiano por la compañía de otro cristiano.

En segundo lugar: únicamente por medio de Jesucristo un cristiano puede llegar al otro. Los hombres están divididos por la discordia. “Él es nuestra paz” (Ef 2,14), dice Pablo de Jesucristo, en el cual queda unida la vieja humanidad dividida. Sin Cristo hay discordia entre Dios y el hombre, y entre hombre y hombre. Cristo se convirtió en mediador e hizo la paz con Dios y entre los hombres. Sin Cristo no conoceríamos al hermano ni podríamos llegar a él. El camino está bloqueado por el propio yo. Cristo ha franqueado el camino que conduce hacia Dios y hacia el hermano. Ahora los cristianos pueden convivir en paz; pueden amarse y servirse los unos a los otros; pueden llegar a ser un solo cuerpo. Pero también en el futuro podrán hacerlo únicamente por medio de Jesucristo. Únicamente en Jesucristo somos un solo cuerpo; únicamente por medio de él estamos unidos. El sigue siendo el único Mediador por la eternidad.

En tercer lugar: cuando el Hijo de Dios se hizo carne aceptó real y corporalmente y por pura gracia nuestro ser, nuestra naturaleza; es decir, a nosotros mismos. Así lo quiso la voluntad eterna del Dios Trino. Ahora estamos en él. Donde él esté lleva nuestra carne, nos lleva a nosotros. Donde él esté, estamos también nosotros: en la encarnación, en la cruz y en su resurrección. Nosotros formamos parte de él por estar en él. Por esta razón la Escritura nos llama el Cuerpo de Cristo. Ahora bien: si antes de poder saberlo y quererlo estamos elegidos y aceptados en Jesucristo junto con toda la comunidad, también le pertenecemos todos juntos eternamente. Nosotros los que vivimos aquí en comunión con él, llegaremos también a vivir en comunión eterna con él. El que mira a su hermano ha de saber que estará eternamente unido con él en Jesucristo. La comunidad cristiana quiere decir: comunidad mediante Jesucristo y en él. En esta presuposición descansa todo cuanto contiene la Escritura en advertencias y reglas para la vida en común de los cristianos.

“Pero acerca del amor fraternal no tenéis necesidad de que os escriba, porque vosotros mismos habéis aprendido de Dios que os amáis unos a otros... Pero os rogamos, hermanos, que abundáis en ello más y más” (1 Ts 4,9-10). Dios mismo se ha encargado de enseñarnos en el amor fraternal; todo cuanto pueda ser agregado aquí por los hombres es el recuerdo de aquella instrucción divina y la amonestación de perseverar aún en ella. Cuando Dios se hizo misericordioso revelándonos a Jesucristo como hermano; cuando nos ganó el corazón mediante su amor, comenzó también simultáneamente la instrucción en el amor fraternal; habiéndose mostrado Dios misericordioso, hemos aprendido al mismo tiempo a ser misericordiosos con nuestros hermanos. Habiendo recibido el perdón en lugar del juicio, estábamos preparados para perdonar al hermano. Lo que Dios obrara en nosotros lo debíamos en consecuencia a nuestro hermano. Cuanto más habíamos recibido tanto más podíamos dar, y cuanto más pobre era nuestro amor fraternal tanto menos vivíamos -cosa evidente- de la misericordia y del amor divinos. De este modo, Dios mismo nos enseña a encontrarnos los unos a los otros, tal como Dios nos encontrara en Cristo. “Por tanto, recibíos los unos a los otros, como también Cristo nos recibió, para gloria de Dios” (Rm 15,7).

Partiendo de ello aprende él que fue colocado por Dios en una vida en común con otros cristianos qué es lo que significa el tener hermanos. “Hermanos en el Señor” llama Pablo a su congregación (Flp 1,14). Sólo mediante Jesucristo es posible que uno sea hermano del otro. Yo soy hermano para el otro gracias a lo que Jesucristo hizo por mí y en mí; el otro se ha convertido en mi hermano gracias a lo que Jesucristo hizo por él y en él. El hecho de que sólo por Cristo Jesús seamos hermanos, es de una trascendencia inconmensurable. Porque significa que el hermano con el cual me enfrento en la comunidad no es aquel otro ser grave, piadoso, que anhela hermandad; el hermano es aquél otro redimido por Cristo, absuelto de sus pecados, llamado a la fe y la vida eterna. Nuestra comunidad no es capaz de motivar qué es lo que uno es como cristiano en si, en toda su profundidad interior y devoción; sino para nuestra hermandad resulta decisivo lo que uno es partiendo de Cristo. Nuestra comunión consiste exclusivamente en lo que Cristo ha obrado en ambos. Y esto no es solamente así al principio de modo que podría agregarse algo a esta nuestra comunión en el correr de los tiempos, sino que sigue siendo así en todos los tiempos venideros, para toda la eternidad. Estoy y estaré en comunidad con el otro únicamente por Jesucristo. Cuanto más auténtica y más profunda se haga, tanto más retrocederá todo lo que mediaba entre nosotros, con tanta más claridad y pureza vivirá entre nosotros sola y exclusivamente Jesucristo y su obra. Nos pertenecemos únicamente por medio de Cristo; pero por medio de Cristo nos poseemos también realmente los unos a los otros para toda la eternidad.

Todo ello desecha de antemano el turbio anhelo del “más”. El que desea obtener más de lo que Cristo ha fundado entre nosotros, no anhela la hermandad cristiana sino que va en busca de cualquier experiencia extraordinaria de comunidad que le fue negada en otra parte; aporta deseos confusos e impuros a la hermandad cristiana. Es precisamente en este aspecto donde la hermandad cristiana se ve amenazada -casi siempre ya desde sus principios mismos- por el más grave peligro, por el envenenamiento más íntimo, a saber: por la confusión de hermandad cristiana con el ideal de comunión piadosa; por la amalgama del deseo natural del corazón religioso por la comunión con la realidad espiritual de la hermandad cristiana. Para la hermandad cristiana todo depende de que desde los principios se destaque con nitidez que: en primer lugar, la hermandad cristiana no es un ideal sino una realidad divina. En segundo lugar, la hermandad cristiana es una realidad pneumática y no una realidad psíquica.

Innumerables veces, la comunidad cristiana se ha quebrantado por vivir de acuerdo con un ideal. Precisamente el cristiano serio que por primera vez se ve colocado dentro de una convivencia cristiana, traerá a la misma con frecuencia una imagen muy determinada de su modo de concebirla y hará cuanto esté en su poder para convertir esta imagen en realidad. Pero la gracia de Dios hace fracasar rápidamente todos los suelos de esa índole. La gran desilusión que nos depara el otro, los cristianos en general, y en el mejor de los casos, también nosotros mismos, no dejará de subyugarnos con tanta certeza como Dios quiere conducirnos hacia la

auténtica comunidad cristiana. De pura gracia Dios no permite que vivamos -aunque fuera por pocas semanas- entregados a un suelo ideal; que nos entreguemos a esas experiencias embriagadoras y esa euforia que nos llena de gozo y éxtasis. Sólo aquella comunidad que atraviesa la gran desilusión con todos sus aspectos desagradables y malos, comienza a ser lo que debe ser ante Dios, comienza a alcanzar la promesa en la fe que le fuera dada. Cuanto antes llegue esta hora de desilusión para el individuo y la comunidad, tanto mejor para ambos, pero una comunidad que no aguantarla y no sobreviviría una desilusión semejante, es decir, que se aferra a su ideal cuando éste está por ser destruido, pierde en esa misma hora la promesa de una comunidad cristiana permanente y está destinada a ser quebrantada tarde o temprano. Todo ideal humano que es introducido en la comunidad cristiana obstaculiza la comunidad auténtica y debe ser destruido a fin de que la comunidad auténtica pueda vivir. Aquel que ama más su sueño de una comunidad cristiana que a la comunidad cristiana misma, se convierte en destructor de toda comunidad cristiana, por más honestas, serias y abnegadas que sean sus intenciones personales.

Dios odia los ensueños; porque nos hacen orgullosos y pretenciosos. El que se construye la quimera de una comunidad ideal exige a Dios, al prójimo y a sí mismo su realización. Entra en la comunidad de los cristianos con pretensiones de exigir, establece su propia ley y juzga por ella a los hermanos y a Dios mismo. Se yergue con dureza y como un reproche vivo para todos los demás dentro del círculo de los hermanos. Se conduce como si le incumbiera a él crear una sociedad cristiana que antes no existía: como si su imagen ideal tuviera la misión de unir a los hombres. Todo cuanto ocurra contrario a su voluntad, lo llama fracaso. Allí donde su imagen queda destruida ve quebrantarse la comunidad. De ese modo se convierte en acusador de sus hermanos; después en acusador de Dios, y finalmente en desesperado acusador de sí mismo. Pero en vista de que Dios ya ha colocado el fundamento único de nuestra comunidad; en vista de que Dios mucho antes de que entráramos en la vida en común con otros cristianos, nos ha fusionado en un solo cuerpo en Jesucristo, no entramos en la vida común con otros cristianos con derecho a exigir, sino como los que dan gracias, lo que reciben. Damos gracias a Dios por lo que Él ha obrado en nosotros. Damos gracias a Dios por darnos hermanos que viven bajo Su llamado, bajo Su perdón, bajo Su promesa. No nos quejamos por lo que Dios no nos da sino que damos gracias a Dios por lo que nos da a diario. Y ¿acaso no nos basta con lo que nos es dado; hermanos que morirán con nosotros en pecado y miseria bajo la bendición de Su gracia? ¿Acaso el don de Dios que se nos brinda en cualquier día, aun en los días difíciles, llenos de desventuras, es menos que este algo inconmensurablemente grande? ¿Acaso no sigue siendo hermano aquel que peca hasta allí donde pecado e incomprensión pesan sobre la vida en común; un hermano junto con el cual estoy colocado bajo la palabra de Cristo? ¿Y su pecado no me da siempre de nuevo motivos para dar gracias porque nos sea permitido vivir bajo el amor misericordioso de Dios en Jesucristo? ¿No es cierto que de este modo precisamente la hora de la gran desilusión cuya causa es el hermano, será incomparablemente saludable para mí por enseñarme en forma radical que ambos nunca podremos vivir de nuestras propias palabras y nuestros hechos sino tan sólo de la única palabra y el único hecho que nos une en realidad, a saber, del perdón de los pecados en Jesucristo? Allí donde se evaporan las brumas matinales de las quimeras, nace el radiante día de la comunidad cristiana.

Con los dones ocurre dentro de la comunidad cristiana lo mismo que con el resto de la vida cristiana. Sólo el que agradece lo pequeño recibe también lo grande. Impedimos que Dios nos conceda los grandes dones espirituales que nos ha reservado, porque no le damos gracias por los dones diarios. Opinamos que no debemos darnos por satisfechos con la pequeña medida de entendimiento espiritual, experiencia, amor y que en cambio debemos buscar codiciosamente los dones grandes. Después nos quejamos de que nos falta esa gran certidumbre, esa rica experiencia que Dios otorgara a otros cristianos y creemos que son piadosas estas quejas. Oramos para que se nos den las cosas grandes y nos olvidamos de dar gracias por los pequeños dones (¡y por cierto nada pequeños!). Pero ¿cómo puede Dios confiar lo grande a aquel que no quiere aceptar con gratitud lo pequeño de Su mano? Si no damos gracias diariamente por la comunidad cristiana en la que estamos colocados, también allí donde no hay grandes

experiencias ni riqueza evidente sino mucha debilidad, fe vacilante y dificultades; si en lugar de ello nunca hacemos otra cosa que quejarnos ante Dios por ser todo tan miserable, tan mezquino, tan poco de acuerdo con lo que hemos esperado... entonces impedimos a Dios hacer crecer nuestra comunidad según la medida y la riqueza que nos espera a todos en Jesucristo. Esto se refiere muy en especial a la queja, tantas veces escuchada, de pastores y miembros de iglesias fervientes acerca de sus congregaciones. Un pastor no debe quejarse de su congregación; sobre todo no debe hacerlo ante los hombres, pero tampoco ante los la congregación no le ha sido confiada para que se convierta en su acusador ante Dios y los hombres. El que desespera de la comunidad cristiana en medio de la cual ha sido colocado y la acusa, debe examinarse primero a sí mismo para estar seguro que no es solamente su imagen ideal destinada a ser destruida aquí por Dios; y si comprueba que es así ha de dar gracias a Dios quien lo ha puesto en esta tribulación. Pero si encuentra que no es así debe cuidar de no erigirse jamás en acusador de la comunidad de Dios. Es preferible que se acuse a sí mismo por su falta de fe; que implore a Dios le haga comprender su propio fracaso y su pecado singular; que ore a fin de que se haga culpable frente a Sus hermanos; que en reconocimiento de su propia culpa ruegue por sus hermanos; que haga lo que le es encomendado, y que dé gracias a Dios.

Con la comunidad cristiana ocurre lo mismo que con la santificación de los cristianos. Es un don de Dios al que no tenemos derecho. Solo Dios sabe cuál es la verdadera condición de nuestra santificación. Aquello que nos parece débil y pobre, puede ser grande y magnífico a los ojos de Dios. Así como el cristiano no debe tomar de continuo el pulso de su vida espiritual, tampoco la comunidad cristiana nos es dada de Dios para que le tomemos sin cesar la temperatura. Cuanto mayor sea el agradecimiento con que recibimos a diario lo que nos es dado, con tanta mayor certidumbre y regularidad aumentará la comunidad día a día, y crecerá para agrado de Dios.

La hermandad cristiana no es un ideal que nos incumbe realizar sino que es una realidad creada por Dios en Cristo, en la que se nos permite participar. Cuanto mayor sea la claridad con que aprendamos a reconocer la causa y la fuerza y la promesa de toda comunidad nuestra, con tanto mayor sosiego aprenderemos a pensar en nuestra comunidad y a orar y esperar por ella.

Por fundarse la comunidad cristiana únicamente en Jesucristo constituye una realidad pneumática y no psíquica. En esto se distingue de manera absoluta de todas las demás comunidades. La Sagrada Escritura llama “pneumático espiritual” aquello que sólo el Espíritu Santo crea, el cual implanta en nuestro corazón a Jesucristo como Señor y Salvador. Y la Escritura llama psíquico “del alma”, “ánimico”, aquello que procede de los instintos naturales, de las fuerzas y disposiciones del alma humana.

Fundamento de la realidad pneumática es la palabra clara, revelada por Dios en Jesucristo. Fundamento de toda realidad psíquica es la agitación temblorosa, intransparente, y las ansias del alma humana. Fundamento de la comunidad espiritual es la verdad; fundamento de la comunidad anímica es el deseo. Esencia de la comunidad espiritual es la luz “porque Dios es luz y no hay ningunas tinieblas en él” (1 Jn 1,5), y “si andamos en la luz, como él está en luz, tenemos comunión unos con los otros” (1 Jn 1,7). Esencia de la comunidad anímica son las tinieblas “Porque de dentro, del corazón de los hombres, proceden los malos pensamientos” (Mc 7,21). La noche profunda cubre los orígenes de toda obra humana y muy particularmente, todo impulso noble y pío. En la comunidad espiritual vive el amor luminoso del servicio fraternal, el ágape; en la comunidad anímica arde el oscuro amor del instinto, el *eros*; uno es servicio ordenado, fraternal; el otro es el desordenado deseo de gozo; por un lado está la humilde sumisión al hermano; por el otro, la humilde pero a la vez altiva sumisión del hermano al propio deseo. En la comunidad espiritual rige únicamente la palabra de Dios; en la comunidad anímica rige al lado de la palabra también el hombre dotado de fuerzas especiales, de experiencias, de condiciones sugestivo-mágicas. En la primera ata solamente la palabra de Dios; en la segunda, también los hombres atan además a otros a sí mismos. En la primera todo poder, honor y dominio se entrega al Espíritu Santo; en la segunda se buscan y se cultivan esferas de poder e

influencia de índole personal, aunque por cierto -en el caso de hombres piadosos- con la intención de servir a lo mejor y lo supremo; pero en realidad, y a pesar de ello, para destronar al Espíritu Santo y alejarlo a distancias irreales. Porque aquí la única realidad sigue siendo lo anímico. De este modo rige allí el Espíritu, aquí, la psicotécnicas el método; allí, el amor al hermano, ingenuo, antisicológico, antimetódico, secundante; aquí el análisis y la construcción psicológicos; allí, el servicio humilde, simple, al hermano; aquí, el tratamiento investigador, calculador, dado al hombre ajeno.

Tal vez pueda ilustrarse con mayor nitidez el contraste entre realidad espiritual y anímica mediante la siguiente observación: dentro de la comunidad espiritual no existe jamás y de manera alguna una relación “inmediata” entre uno y otro, mientras que en la comunidad anímica está vivo el anhelo de una comunión, de un contacto inmediato con otras almas humanas, así como en la carne está vivo el anhelo de la comunión inmediata con la otra carne. El anhelo del alma humana busca la fusión completa del yo y el tú, ya sea en la unión del amor o bien -lo cual es lo mismo en última instancia- en el sometimiento violento del otro a la propia esfera del poder e influencia. Es en este ámbito donde el anímicamente fuerte se despliega conquistándose la admiración, el amor o el temor del débil. Las ataduras humanas, las sugerencias, la servidumbre lo es todo aquí; y en la comunión inmediata de las almas se refleja en forma distorsionada todo cuanto es propiedad originaria y exclusiva de la comunidad transmitida por Cristo.

Es así como existe la conversión “del alma”. Se manifiesta con todas las apariencias de una conversión auténtica allí donde debido a un abuso consciente o inconsciente de la supremacía de un hombre, el individuo o una comunidad entera es sacudida en lo más íntimo y fascinada por él. Aquí ha habido un efecto inmediato de alma a alma. Se ha producido la sujeción del débil por medio del fuerte; la resistencia del débil se ha desplomado bajo la impresión de la personalidad del otro. Queda sometidos pero no vencido por la causa en sí. Esto se revela en el mismo instante en que se requiere un sacrificio por la causa independiente de la persona a la cual estoy atado, o que posiblemente habrá de llevarse a cabo en oposición a ella. Es aquí donde naufraga el anímicamente convertido, con lo cual queda manifiesto que su conversión no fue originada por el Espíritu Santo sino por un hombre, y que por ello no tiene duración.

Del mismo modo existe un amor “anímico” al prójimo. Es capaz de los sacrificios más inauditos; a menudo supera el legítimo amor en Cristo en cuanto a su entrega ardiente y éxitos visibles; habla el lenguaje cristiano con elocuencia avasalladora, vibrante. Sin embargo, es él al que se refiere el apóstol diciendo: “Y si no tengo amor (es decir el amor de Cristo) nada soy” (*1 Co 13,2*). El amor anímico ama al otro por sí mismo; el amor espiritual ama al otro por Cristo. Es por esto que el amor anímico busca el contacto inmediato con el otro; no le ama dentro de su libertad sino por su condición de atado a ese amor; quiere ganarlo, conquistarlo con todos los medios; lo asedia al otro; intenta ser irresistible; quiere dominar. El amor anímico no tiene la verdad en mucha estima; la hace relativa porque nada, ni tampoco la verdad, debe interponerse entre él y la persona querida. El amor anímico desea al otro, su compañía, su amor correspondido; pero no se pone a su servicio. Todo lo contrario: lo desea aún allí donde aparente servirle. En dos casos que sin embargo son una misma cosa, se revela la diferencia entre amor espiritual y amor anímico: el amor anímico no soporta la anulación de una comunidad que se ha convertido en mentira, a favor de la comunidad auténtica; y el amor anímico es incapaz de amar al enemigo, o sea, al que se le opone seria y obstinadamente. Ambas reacciones surgen de una misma fuente: por su esencia misma, el amor anímico es deseo, es decir, el deseo de lograr una comunidad anímica. Mientras encuentre medios para satisfacer este anhelo de cualquier manera o no lo abandonará ni por la verdad ni por el verdadero amor al otro. Allí donde ya no puede esperar satisfacción a su deseo, ha tocado a su fin, o sea, ha hallado al enemigo. Se trueca en odio, desprecio y calumnia.

Es precisamente éste el momento en que comienza el amor espiritual. Es por esto que el amor anímico se convierte en odio personal allí donde se encuentra con el auténtico amor espiritual

que no desea, sino sirve. El amor anímico se transforma a sí mismo en finalidad absoluta, en obra, en ídolo al que adora, al que se ve obligado a subordinarlo todo. Se dedica, se cultiva, se ama a sí mismo y a nada más en el mundo. El amor espiritual, en cambio, procede de Jesucristo; le sirve sólo a él; sabe que no tiene otro acceso inmediato al hombre. Cristo está entre el yo y el otro. Yo no sé de antemano, tasándome en las nociones generales acerca del amor nacidas de mi deseo anímico, que significa el amor al otro -puesto que es posible que precisamente esto aparezca ante Cristo como odio y la peor forma de egoísmo- sino que sólo Cristo me dirá en su palabra lo que es el amor. Contra todas las propias opiniones y convicciones Jesucristo me dirá cuál es el aspecto que el amor al hermano tiene en realidad. Por esto el amor espiritual sólo está atado a la palabra de Jesucristo. Allí donde Cristo me ordena mantener comunión por causa del amor, allí la mantendrá; allí donde su verdad me mande deshacer la comunidad por causa del amor, allí la desharé pese a todas las protestas de mi amor anímico. Dado que el amor espiritual no desea sino sirve, ama al enemigo como al hermano. Porque no nace del hermano ni del enemigo, sino de Cristo y su palabra. El amor anímico no puede comprender jamás al amor espiritual, pues el amor espiritual viene de arriba; es algo completamente extraño, nuevo, incomprensible para el amor anímico.

Puesto que Cristo está entre yo y el otro no me es permitido anhelar una comunidad inmediata con éste último. Así como Cristo sólo pudo hablar conmigo para ayudarme, así también el otro puede recibir ayuda únicamente de Cristo. Pero esto significa que debo liberar al otro de todas las tentativas de determinarlo, obligarlo, dominarlo con mi amor. Es dentro de su estar libre de mí como el otro desea ser amado como aquel que es, e sea aquél para quien Cristo se hizo hombre, murió y resucitó; para quien Cristo ganó el perdón del pecado y preparó una vida eterna. En vista de que hace mucho que Cristo obra de modo decisivo en mi hermano, antes de que yo pudiera comenzar a obrar, debe dejar a éste libre para Cristo; debe aparecérseme únicamente como aquel que ya es para Cristo. Este es el sentido de la afirmación que podemos encontrar al otro tan sólo por la mediación de Cristo. El amor anímico crea su propia imagen del otro, de lo que es y de lo que debe llegar a ser. Toma la vida del otro en sus propias manos. El amor espiritual reconoce la verdadera imagen del otro partiendo de Jesucristo; es la imagen que Jesucristo ha acuñado y quiere acuñar.

Por esto el amor espiritual probará su eficacia en encomendar al otro a Cristo en todo cuanto diga o haga. No tratará de lograr la comunión anímica del otro mediante una influencia demasiado personal, inmediata; mediante la intromisión impura en la vida del otro; no se complacerá en una emotividad anímica sino que se encontrará con el otro con la límpida Palabra de Dios y estará dispuesto a dejarlo largo tiempo a solas con esta Palabra; y a dejarlo de nuevo en libertad para que Cristo obre en él. Respetará los límites del otro establecidos por Cristo entre nosotros; y hallará comunidad plena con él en Cristo que es el único que nos une y ata. De esta manera hablará más con Cristo del hermano que con el hermano de Cristo. Sabe que el camino más próximo al otro conduce siempre a través de la oración dirigida a Cristo, y que el amor al otro está ligado enteramente a la verdad en Cristo. Este es el amor que hace decir a Juan, el discípulo: “No tengo yo mayor gozo que este, el oír que mis hijos andan en la verdad” (3 Jn 4).

El amor anímico vive del deseo indomado e indomable; el amor espiritual vive en la claridad del servicio ordenado por la verdad. El amor anímico produce esclavitud humana; atadura, aferramiento; el amor espiritual crea la libertad de los hermanos bajo la palabra. El amor anímico cultiva flores artificiales de invernáculo; el amor espiritual crea frutos que maduran con toda salud bajo el cielo abierto de Dios, bajo lluvia, tormenta y sol, según el beneplácito divino.

Para toda convivencia cristiana es de vital importancia que se logre descubrir a tiempo la capacidad de distinguir entre el ideal humano y la realidad de Dios; entre comunidad espiritual y anímica. Para la comunidad cristiana es cuestión de vida o muerte el alcanzarlo más pronto posible, un punto de vista sobrio a este respecto.



La exclusión del débil e insignificante, del aparentemente inservible de una comunidad cristiana puede significar nada menos que la exclusión de Cristo que llama a la puerta en forma del hermano pobre. Esto nos debe inducir a proceder, con sumo cuidado. Un estudio poco minucioso podría conducirnos a opinar que la mezcla de ideal y realidad, de lo anímico y lo espiritual se impone allí donde una comunidad esté poliestratificada, es decir, allí donde come en el matrimonio, en la familia, la amistad, lo anímico la formación de la comunidad, y donde lo espiritual sólo se agrega a todo lo corporal-anímico. Puede suponerse que en consecuencia el peligro de una confusión y mezcla de esas dos esferas sólo existe en esas comunidades, mientras que es muy poco probable que se presente en una comunidad de índole puramente espiritual. Sin embargo, semejante pensamiento nos sumerge en un gran engaño. De acuerdo con toda experiencia y -cosa fácilmente aprehensible- ocurre precisamente lo contrario. Un matrimonio, una familia, una amistad conocen a la perfección los límites de las fuerzas que forman su comunidad; si su vínculo es sano sabe perfectamente donde están los límites de lo anímico y dónde comienza lo espiritual. Sabe el contraste entre comunidad corporal-anímica y comunidad espiritual. Por el otro lado es cierto que precisamente allí donde se forma una comunidad de índole espiritual, se da la inquietante proximidad del peligro de que todo lo anímico se introduzca y mezcle en esa comunidad.

Es por ello que -como la experiencia enseña- es precisamente en breves ratos de ocio donde se extiende con mayor facilidad el factor anímico. Nada resulta más fácil que el despertar la embriaguez de la comunidad en algunos pocos días de vida en común y nada más desastroso es para la convivencia sana, sobria, fraternal, de todos los días. Seguramente no existe el cristiano a quien Dios no concede una vez en la vida la sublime experiencia de auténtica comunidad cristiana. Pero en este mundo, una experiencia semejante sigue siendo nada más que un misericordioso regalo suplementario mas allá del pan diario de la vida cristiana en común. No tenemos derecho a tales experiencias, y no convivimos con otros cristianos por la causa de tales experiencias. Lo que nos mantiene unidos no es la experiencia de fraternidad sino la fe firme y segura en esta fraternidad. El hecho de que Dios haya obrado en todos nosotros y que quiere obrar en todos nosotros, es lo que asimos en la fe como el mayor regalo de Dios; es este lo que nos llena de alegría y gozo, pero también nos prepara a renunciar a todas las experiencias cuando Dios no quiera otorgárnoslas. Estamos unidos en la fe, no en la experiencia.

“¡Mirad cuán bueno y cuán delicioso es habitar los hermanos juntos en armonía!”. Esta es la alabanza bíblica de la vida en común bajo la Palabra. Pero en auténtica interpretación de la palabra “en armonía” bien podemos decir ahora: “cuando los hermanos viven juntos por medio de Cristo”; porque únicamente Jesucristo es nuestra armonía. “Él es nuestra paz”. Sólo gracias a él tenemos acceso los unos a los otros; la alegría de uno en el otro, y mutua comunidad.